

Artículos

Sara Bigardi*

La hegemonía del sueño: la importancia de la experiencia onírica en la existencia

Resumen

En este trabajo la autora examina la temática de la experiencia onírica en el pensamiento de María Zambrano, deteniéndose, de modo particular, en la descripción del proceso histórico y la existencia, en la perspectiva del sueño. El objetivo es dar voz a realidades "sumergidas" que, en la filosofía zambraniana, encuentran manifestación adecuada y espacio vital para ser reveladas.

Palabras clave: sueño, persona, tiempo

Abstract

In this study the author examines the theme of oneiric experience in the thought of María Zambrano, focusing particularly on the description of the historical process and existence, on the perspective of dreams. The study aims to bring to life "submerged" realities that find the appropriate expression and space in Zambrano's philosophy in which to be revealed.

Keywords: dream, person, time

Mi trabajo sobre el pensamiento de María Zambrano es un camino que atraviesa sustancialmente tres temas: el sueño, el tiempo y la persona. Es un recorrido que inicié cuando empe-

zaba a leer a María Zambrano y que he vuelto a rehacer, que, por tanto, no se ha concluido, sino que continuamente se modifica, cambia, se transforma.

El continuo viajar de Zambrano por el mundo, a causa del destierro, es también mi viaje, en sus textos y en sus escritos, con mi alma y con mi corazón.

Fecha de recepción: 4 de mayo de 2007.

Fecha de aceptación: 11 de junio de 2007.

* Lda. Universidad de Verona. bighesb@libero.it

Partiendo del presupuesto de que para emprender un camino es necesario un método, la primera cuestión que planteo es ésta: ¿qué tipo de método sirve para caminar junto a María Zambrano?

Nuestra filósofa propone un método no objetivo, no estructurado, carente de reglas y, paradójicamente, a-metódico.

Es posible encontrar y encontrarse con la realidad, en sus múltiples dimensiones y matices, sea creando una lógica exhaustiva, que pretenda incluir todo lo real en un acto de comprensión absoluta, sea manteniendo, con la realidad misma, una relación de alteridad, dispuesta a acoger lo real, sin necesariamente explicarlo.

Los límites intrínsecos y extrínsecos de las doctrinas que pretendieron ser absolutas, tomando de modo exhaustivo el *logos*, han sido ya puestos en evidencia por muchos filósofos, literatos y hombres de cultura de este siglo. Estas doctrinas se definen como sistemas, aunque el término sistema no significa sistemático, ya que este último alude, de hecho, al rigor de la reflexión.

Un pensamiento-sistema es una totalidad deductiva de discurso que constituye un todo cuyas partes derivan unas de otras. El sistema posee un fundamento sobre el que el propio pensar se apoya, un fundamento capaz de explicar cada aspecto de lo real. El pensamiento-sistema al ser absoluto se desata de cada determinación, libre de cualquier condicionamiento: es una actividad absoluta, productiva de su mismo actuar. El sistema se yergue así a verdad totalizadora y global, capaz de comprender todos los factores y los planes constituyentes de lo real. La actividad sistemática ejerce violencia, porque agota la realidad en fórmulas que cree válidas por sí mismas.

El hombre moderno vive bajo la señal de la conciencia racionalista que, con el *cogito*

de Descartes, ha llevado todo fragmento de lo real a certeza psicológica. Alcanza con ello un delirio de omnipotencia de la conciencia reflexiva, que llega al paroxismo lógico-dialéctico con el idealismo hegeliano.

¿Qué ha ganado la humanidad con el estallido de la orgullosa conciencia global?

Usando las palabras de Paolo Miccoli, ha ganado “el dolorido privilegio de un «ojo» de sombra y la deplorable «desnudez» del «rey mendigo» en busca de la misma identidad. El hombre se encuentra en la condición de Edipo cegado, que tiene necesidad de guía”.³

La vía señalada por Zambrano nos permite salir del “infierno delirante de la omnipotencia del yo” mediante una apropiación de la vida (vitalismo orteguiano), bajo el signo de la *pietas* que nos permite no tanto entender, cuanto padecer las cosas.

Desde siempre la realidad se rebela ante la acción coercitiva del yo dominante, que todo lo quiere definir. El rechazo de la hegemonía de los sistemas ha dado origen a pensamientos deconstructivos, a-sistemáticos, anti-metódicos y creativos. Sin embargo, también en estas formas filosóficas se encuentra innato el riesgo de que surjan aspectos de ideología pragmática, que pueden conducir hacia una uniformidad aún más totalizadora que aquella que quieren combatir.

En mi opinión, sólo una filosofía que sepa medirse con la existencia, teniendo en cuenta todos los límites, contradicciones y quiebras que la experiencia impone, es capaz de encontrarse con la realidad.

Toda realidad presenta lugares oscuros, misteriosos, insondables para la mera razón, por este motivo es posible afirmar, como justamente hace Annarosa Buttarelli, que “más allá de la comprensión, (o quizás antes), se

³ Miccoli, P. “*I luoghi dell'anima*” di Maria Zambrano, ver: <http://siba2.unile.it/ese/issues/273/645/segnicomprn47-02p67.pdf>.

puede llegar a una especie de sabiduría intuitiva, una forma de pensamiento poco valorada, que confía en lo invisible y se apoya en el hecho de que el «espíritu» actúa eficazmente justo cuando operan lógicas de la consistencia, opacidad y dureza que atribuimos a la materia. Hay prácticas que enseñan precisamente a leer la lógica misteriosa de las cosas con una disposición confiada y profética hacia las lógicas invisibles de las cosas, hacia el misterio”.⁴ Lógicas que seducen y llevan a enamorarse de la vida, porque se ponen en contacto con su materia, dándole consistencia. El amor, cuyo desarrollo da lugar a la seducción y el enamoramiento, es el puente que une materialmente existencia y verdad, lógica y vida. Esta unión caracteriza y anima la filosofía de María Zambrano, mujer filósofo, que ha tratado con lo “real”, dejándose, a veces, lacerar por la no presencia, por el no ser que, junto al ser, caracteriza nuestra existencia. Zambrano se adhiere al realismo español como origen del conocimiento, “el modo de tratar con las cosas”, según escribe en *El realismo español cómo origen de una forma de conocimiento*⁵.

La filósofa considera la cultura española como una modalidad que permite conocer, prestar atención a todas aquellas experiencias que no se dejan agotar en un saber que universaliza, ofreciéndoles voz y unidad. España ha propuesto, desde el principio, un saber capaz de encarnarse y enfrentarse a la existencia, creyendo que el saber estrechamente científico no sería suficiente.

Por esto, uno de los lugares privilegiados de la tradición española es la “guía”, género literario y forma de saber experiencial, capaz de devolver dignidad a las circunstancias y de permitir a la experiencia narrarse y ordenarse en una visión unitaria.

El realismo, “mirada admirada sobre el mundo”, consiste en un enamorarse de lo real;

es un adherirse con cura y atención a las cosas, quedando implicados. En este gesto, de extrema dedicación, no se da la violencia de la posesión y la captura, típica del pensamiento-sistema. Es éste un gesto que se convierte en método – y que Zambrano propone – para enamorarse y para hablar, con palabras verdaderas, eficaces y creadoras, del mundo en su cotidianidad.

Parece perfilarse en Zambrano una erótica de la cosa y de la existencia. Restablecer la cosa significa acogerla: de este modo el objeto deja de ser comprendido en su evidencia, para ser acogido *realísticamente* en sus posibles factores, límites y paradojas.

Hay en Zambrano un tipo de pasión por la vida, pasión que se nutre en el alma, la de la filósofa, que la vuelve capaz de salir de sí misma para consagrarse sin medida, gracias a la mediación de ágape y eros. El ágape es el amor caritativo de Cristo, hombre encarnado, que se ha hecho mediador para dar a conocer a los hombres al Dios misericordioso, y no abstracto y absoluto. El eros es fuerza misteriosa y potente que empuja al amante, fuera de sí, hacia el amado. Sólo el amor que sabe enfrentarse con lo real en todos sus aspectos, y es capaz de acogerlo haciéndose humilde, evita dar a luz ideologías totalitarias peligrosas. El pensamiento de Zambrano es una filosofía erótica de la existencia, una filosofía que es la pasión de una mujer, en expresión de Milagros Rivera Garretas, por el “libro viviente”: la vida.

Para llegar a las capas “sumergidas” de lo real, aquellos lugares no transparentes y a menudo olvidados, a los cuales uno se puede acercar sólo con circunspección y mirada admirada y confiada, hay que saber caminar con un método que calificaría como práctico, y que con sabiduría intuitiva se aproxima a las lógicas invisibles, al misterio. Esta sabiduría es propia de las prácticas simbólicas, que logran

⁴ Buttarelli, A. “Maledire, pregare, non domandare”, en Diotima (comunidad filosófica de la Universidad de Verona, activa desde el 1984), *La magia forza del negativo*, Nápoles, Liguori Editore, 2005, p. 40.

⁵ Zambrano, M. “El realismo español como origen de una forma de conocimiento” en *Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Endymión, 1996, cit., p. 35.

interaccionar con las circunstancias, creando un nuevo pensamiento. Las prácticas solicitan una acción no agente, en la cual no entra en juego la voluntariedad del yo, sino sólo la elasticidad de una mente acogedora, que deja espacio a lo imprevisto, que puede transformar y modificar; y un lugar vacío, hospitalario por esencia y capaz de revelación. La transformación simbólica no ocurre en el registro de la razón conceptual, sino sólo en el de la intuición, el de la creación.

En esta perspectiva, el ser humano tiene que ser capaz de padecer; entendiendo el padecer no sólo ni exclusivamente como sufrir, sino como sentir que nace de un acto de aceptación de la realidad.

Hay que volver a sentir para poder pensar: ésta es la herencia que María Zambrano nos deja. Esta necesidad se revela con una urgencia impelente, sobre todo en nuestros días, cuando se ha escondido la sensibilidad, la presencia y la convivencia con los otros, en una lógica de la piedad⁶.

La experiencia, bajo cualquier aspecto, positivo o negativo, que pueda asumir, si es atravesada como grado cero o desierto de la misma existencia, deshace las cristalizaciones de la repetición de lo idéntico, el “fantasma” del pasado, que vuelve continuamente y destruye la omnipotencia del justo yo, para hacerlo “naufragar”⁷ en un verdad-pasividad.

La pasividad es la llave que pone en marcha el pensamiento, abriéndolo al “puente” de la esperanza, que es fuerza originaria y vital de la existencia. “El hombre es el ser –afirma Zambrano– cuya primera manifestación es la esperanza. La esperanza y no el instinto, y no la inteligencia”⁸.

El término pasividad está ligado a la imagen del vacío. Para captar el sentido de esta figura, me valgo de dos conceptos: espacio y movimiento.

El vacío puede ser definido como espacio amplio, dilatado, en el cual es posible encontrar dinámicas diferentes de la experiencia que interaccionan entre sí, y como movimiento, o mejor, posibilidad de movimiento, coyuntura favorable, ausencia de obstáculos para la acción, en la cual residen la necesidad de acoger los acontecimientos y la libertad de una acción humana que intenta, constantemente, trascenderse.

Estoy convencida que la experiencia más profunda de la “interrogación” filosófica de Zambrano es la búsqueda de un “espacio vacío”, capaz de acoger una razón, que se vuelve “a-razón” reveladora, caracterizada por la fe y la esperanza.

En este espacio es posible el pensar-sentir y es necesaria la acción trascendente, abierta a todo posible imprevisto. El filosofar zambraniano engendra, en este espacio hospitalario, un recorrido que se desarrolla alrededor de varios focos, que, sin embargo, quedan como meros ideales regulativos, direccionales, sin ser tocados definitivamente, para ser explicados, sino “acariciados” por el oscilar de un pensamiento inconstante y a veces contradictorio, porque se apoya en lo existente. En estas variaciones continuas es innata la creatividad genial y el ritmo propio de la música.

“Su voz como su pensamiento, fueron melismáticos, por esto rehuyó las afirmaciones categóricas, los anillos enteros – voz que como en las cisternas árabe-andaluzas refleja la realidad temblando”⁹, afirma Fina Marruz.

⁶ Zambrano reserva páginas de una profunda intensidad al tema de la piedad, argumento que requiere un tratamiento más largo. Por el momento, recuerdo que, para Zambrano, la piedad es “saber tratar adecuadamente con lo otro”.

⁷ Para Zambrano, el ser humano empieza a obrar, o más precisamente a pensar, cuando está totalmente sumergido en una pasividad activa.

⁸ Zambrano, M. *Los sueños y el tiempo*, Madrid, Siruela, 2006, p. 22.

⁹ Marruz, F. *La spada intatta di Maria Zambrano*, edición de Nicola Licciardello, Milán, Marietti, 2007, p. 31.

El fondo último, este vacío acogedor, que refleja lo real temblando porque es lugar humilde, es tanto el a-priori, como la materia del argumentar zambrano. El espacio implica el tiempo, que es sustancialmente el movimiento que permite el vivir; y en la dimensión espacio-temporal nace y renace el ser humano, que, gracias a la esperanza y a la fe, puede realizar su *finalidad* – *suerte*, y dar, así, vida a su propio argumento, que lo caracteriza como persona.

En este fondo, vital en potencia, sumergido en las entrañas de la existencia individual o colectiva, el hombre vive su sueño, del cual puede despertar gracias a la acción “de una conciencia discontinua que siempre de nuevo reaparece desde un fondo de ceguera”¹⁰.

Esta conciencia discontinua es la psique, el alma.

Vivir sin la mediación del alma es soñar con los ojos abiertos: todo puede ser idílico o todo puede ser agobiante, sin relatividad alguna.

Los “claros” del sueño son los “claros” de la vigilia: etapas del viaje existencial que el alma cumple, con vistas al logro de la luz, la revelación, que sin embargo sólo se ofrece en episódicos momentos espirituales, gracias a despertares repentinos y reveladores.

En esta visión trascendente de la existencia que se proyecta, cada vez, hacia una nueva aurora, adquieren importancia todas aquellas experiencias humanas que pueden “amanecer”; el sueño, y sobre todo el creador, o de la persona, es uno de estas experiencias.

El sueño: viaje existencial

Quisiera considerar y caracterizar los diferentes tipos de sueño, en esa dimensión cuya que viene a hacer de éstos la “manifestación

primaria de la vida”, en la cual se manifiesta “la trama metafísica de la existencia humana”, señalando, en primer lugar, el proceso histórico en la perspectiva onírica.

Como Zambrano escribe, en *Delirio y destino*, “la historia es sueño, el sueño del hombre”.

Nuestra filósofa se acerca a la experiencia onírica empleando el método fenomenológico, que sin embargo no es el de Husserl. La noción viva de fenomenología que tenemos es la anunciada por el filósofo prusiano en *Las Investigaciones lógicas* (1900-01). La fenomenología, para Husserl, es una ciencia de esencias (eidética) y no de evidencias, que se practica como filosofía que es investigación fenomenológica, valiéndose de la reducción eidética y de la *epoché*. Esta última se dirige a realizar una contemplación desinteresada, es decir desvinculada de todo interés natural o psicológico en la existencia de las cosas y el mundo. En otras palabras, la *epoché* es una suspensión, o puesta entre paréntesis, del mundo en su totalidad, evitando cualquier juicio sobre lo existente espacio-temporal.

El método fenomenológico propuesto por Zambrano no practica ninguna suspensión de la realidad onírica, más bien se esfuerza en sentido contrario, “en concederle realidad, la suya, pues que nos enfrentamos con él (con el sueño) desde la vigilia, en la cual aparece destituido para la conciencia que lo rechaza o simplemente lo descalifica”¹¹.

Esta actitud fenomenológica nos permite atribuir una realidad propia, realidad tout court, a un fenómeno, el onírico, que se inserta e integra en la vida, quedando en la parte de “sombra” de la existencia.

El sueño no presupone el ser comprendido, ni desplegado; sólo por el hecho mismo

¹⁰ Prezzo, R. “Pensare in un'altra luce”, en *Luoghi della pittura*, edición de Rosella Prezzo, Milán, Medusa, 2002, p. 10.

¹¹ Zambrano, M. *Los sueños y el tiempo*, cit., p. 17.

de manifestarse y dejarse entrever, el modo de tratarlo concretamente es el desciframiento: “Justamente es eso lo necesario: descifrar y no explicar”¹².

Lo que descubrimos al acercarnos a ello como fenómeno es ante todo la consistencia de su materia: así como la materia de la vigilia es el espacio que se dilata en fluir temporal, la materia propia del sueño es la a-temporalidad.

“La suspensión, pues, la *epoché* a practicar aquí, está dada ya por la materia misma; es la *epoché* del tiempo sucesivo”¹³. En el sueño, el ser humano es privado del tiempo de la vigilia, que es apertura, vía de acceso, recorrido, dirección, camino, y vive inmerso en una a-temporalidad absoluta, que lo hace parecerse al Ser-Uno de Parménides.

Además, en el fenómeno onírico encontramos la condición de máxima pasividad del ser humano: el hombre es soñado por el propio sueño. “Hemos de subrayar la situación de padecimiento máximo, de pasividad habida en sueños, por lo cual su examen significa tomar de raíz la condición humana que es la de padecer su propia trascendencia”¹⁴.

Al considerar el sueño en esta perspectiva, que me atrevería a llamar “antropológica”, emerge la riqueza de sentidos de la realidad del fenómeno onírico para comprender la condición humana.

En efecto, no es posible prescindir de la experiencia onírica de la existencia: para descifrar al hombre es necesario también tener presente el sueño, aunque, a menudo, sea olvidado por la memoria. Lo que interesa a Zambrano no es ni el recuerdo, ni la calidad de contenido (que comprende la trama onírica y las imágenes que se suceden) del sueño, sino el comportamiento del sujeto privado del tiempo.

A partir de aquí se perfila incluso una ética del soñar, que toma relevancia por la mediación de la conciencia discontinua, capaz, en el instante del despertar, de transformar la ética del sueño en conciencia moral.

Nuestro yo es uno de los personajes jugado por la trama onírica, cuyo desarrollo no se conoce, porque los sueños sobrevienen, se presentan dejando al yo suspendido.

Este padecer el sueño, este padecerlo hasta el final, puede ser un “viaje” que se pierde en un laberinto sin vías de escape; o bien, la pasividad onírica puede inducirnos a acoger el sueño mismo, en la forma de la revelación que se cumple al despertar. En efecto, la otra característica del sueño es ser un enigma que, llamándonos, nos empuja a despertar, señalando, o mejor indicando, la vocación que nos abre a nuevas posibilidades. Si el enigma es descifrado, en el instante cualitativamente importante del despertar, el sujeto cumple una acción verdadera, transcendente, que desatando la materia del sueño y su a-temporalidad, crea el tiempo discontinuo, justamente el de la persona, soluciona el conflicto, que vio al yo como personaje inerme, conducido por la potencia onírica, y da vida, por fin, a un nuevo principio creador.

Toman forma, en Zambrano, dos tipos de sueño: los sueños de la psique, (vulgarmente llamados pesadillas) y el sueño creador (o también, sueño de la persona). La existencia toda, y por lo tanto también el proceso histórico, pueden ser vividos según las dos diferentes modalidades de la experiencia onírica. Acercarnos a la historia, teniendo presente el sueño, permite acoger una realidad más variada y significativa de los procesos políticos y evolutivos que la caracterizan.

Si, en efecto, la historia es vivida como un sueño de la psique, donde el que actúa es el

¹² O.c., p. 19.

¹³ O.c., p. 18.

¹⁴ O.c., p. 21.

yo-personaje errante, el recorrido conducido por amor se extravía, y sin amor sólo hay pseudolibertad.

Bajo este aspecto la historia, como la pesadilla, confía al ser humano las máscaras, papeles determinados y precisos, fijándolo estáticamente a un cierto tipo de situaciones, expropiándolo, así, de su recorrido de individuación. Situaciones agobiantes que obsesionan, continuamente, al ser humano, que no es dueño de la propia psique, sino prisionero de un tiempo coercitivo y fantasma que da lugar a la repetición de lo idéntico, parando la manifestación de la libertad. Al asumir una valencia negativa, o sea rígida, sin respiración, la historia se vuelve pesadilla y el hombre, ahogado por el propio ser, y que continúa escondiéndose, sin revelarse nunca, representa inconscientemente un papel que no le pertenece. En otras palabras, el ser humano es obligado a desarrollar una acción no verdadera, que Zambrano define como sueño. Este último domina cuando una pesadilla invade y congestiona de modo absoluto nuestra existencia, convirtiéndonos en marionetas conducidas por los hilos de una historia apócrifa, falsa. Masas enteras de hombres han vivido, en determinados períodos históricos, tales momentos. Han soportado la historia sin poder pensar, decidir, actuar responsablemente, y de esta pesadilla repetida se han sustraído con la rebelión. La revolución puede parecer un resultado resolutivo, porque crea movimiento, desbloqueando una situación atascada, pero no es así, porque lo revolucionario no se ha despertado todavía. Despertarse es una tragedia que abre dos diferentes alternativas: la posibilidad de existir sin revelarse, y por lo tanto de vivir una existencia no-auténtica, que nunca se volverá plenamente historia experimentada, porque - como Foucault afirma - “se dejará absorber por su delirio, entregándose al determinismo objetivo en que se aísla totalmente su libertad originaria”¹⁵; o bien, la

posibilidad de vivir auténticamente, descifrando el enigma onírico por la acción del alma, en el momento del despertar, que es en potencia lugar de la transcendencia. La existencia auténtica es propia de la persona, que es esencialmente libertad y disponibilidad de tiempo. “Por tanto -afirma Zambrano- la mayor intervención de la persona en los sueños crea una especie de sueños con una característica muy especial: el haber un átomo de tiempo que en los otros falta”¹⁶. La persona cumple la acción verdadera, porque después de haber padecido el enigma, lo trasciende, dando espacio, y por lo tanto movimiento y posibilidad, a lo que tiene que ser descifrado, para convertirse en un recorrido existencial auténtico.

La acción del sueño, en cambio, presenta un modo de realizarse “juvenil”, es decir, todavía no maduro: quiere “hacer” historia, de modo apresurado, rompiendo el “aquí y el ahora”, y engendrando inevitablemente violencia. El hombre occidental se ha lanzado ávidamente a la historia, proyectando en ella su voluntad de poder. Ha afrontado el mundo con la misma soberbia que la individualidad, reproduciendo la sombra del yo sobre una realidad “cosificada”, reducida a mero soporte de la acción humana. Ha elegido traducir la indignancia que lo marca desde el nacimiento en arrogancia cínica. El idealismo infantil, raíz combatiente de toda la cultura occidental que a nuestros días se declina en solipsismo y en nihilismo, es el obnubilamiento de la libertad de un hombre que ha perdido, al mismo tiempo, la madre y el alma. A esta acción que objetiva la realidad, que es siempre modificación, Zambrano opone la acción de abrir el tiempo a un presente de amplia respiración, propone transformar la historia-incubo en una historia puente, cuyas arcadas esperanzadas sean posibilidad de pasividad activa. Hay que extender la conciencia histórica, que es tanto responsabilidad moral como finalidad-

¹⁵ Foucault, M. *Il sogno*, Introducción de Fabio Polidori, traducción italiana de Maria Colò, Milán, Raffaello Cortina, 2003, cit., p. 74.

¹⁶ Zambrano, M. *Los sueños y el tiempo*, cit., p. 103.

suerte de la persona humana en la historia, para permitir el paso de las acciones impersonales, a aquéllas donde está en juego la individualidad.

El enigma a descifrar viene a ser el ser humano, que vive y se realiza en el tiempo. En el instante del despertar se percibe el fluir temporal, que, a veces, da a la conciencia la posibilidad de ponerse en movimiento. El tiempo es el entorno propio del hombre y presenta una triple dimensión: el pasado deja huellas de sí, el presente es vivido como instante que precede al futuro, este último es lo anunciado por la conciencia sin ser frustrado. El hombre tiene que ser capaz de unir el pasado y el futuro en un presente de amplia respiración: tiene que saberse mover en el presente sin sentir el peso aplastante del pasado, que vuelve y debe más bien ser rescatado por la condena “del tiempo que fue”, y advertir el vértigo del futuro que está a punto de venir.

Si logramos dar vida al argumento propio de nuestra existencia -la posibilidad de trascendernos - en un tiempo dilatado es porque hemos logrado captar el sentido del enigma. Si, en cambio, nuestro ser es el protagonista de un tiempo cristalizado, las dimensiones temporales se reducen a obstáculos, prisiones, y la vida se arrastra fatigosamente. No ha habido desciframiento porque un absolutismo total impide el extenderse del alma. Esta fallida transcendencia se presenta en los períodos de totalitarismo, el mayor crimen de la historia porque niega el empleo de la conciencia y la responsabilidad moral, es decir, lo que caracteriza a la persona.

El absolutismo es la pesadilla de la historia: el sueño de la psique del proceso histórico. El absolutismo cierra el tiempo, lo da por concluido: es un infierno; crea la nada, entendida como no-espacio; mata la historia y realiza la abstracción del tiempo. El ser humano padece entonces de modo negativamente pasivo el fluir temporal. Nazis y estalinistas basaron su totalitarismo sobre un presunto saber superior, de naturaleza salvadora. El totalitarismo nazi o

estalinista creyó conocer el ineluctable sentido de la historia, creyó tener entre las manos el sumo criterio para decidir cuál es la sociedad perfecta. De estos presupuestos gnoseológicos manaron: el partido único, la fe en el líder, seguro de que Dios estaba con él o de que Dios le había dejado el sitio, el control de la vida de los sujetos, las persecuciones, los encarcelamientos, la matanza de cuantos fueron localizados como enemigos, los campos de concentración, el Gulag...

La presunción de poseer un conocimiento absoluto o superior es la enfermedad típica del pensamiento totalitario. La conciencia, en esta a-temporalidad artificial de lo eterno verdadero, no se despierta, porque vive una utopía. ¿Cómo es posible llevar la conciencia a convertirse de nuevo en mediadora entre el mundo onírico y la vigilia, para abrir un nuevo camino? Zambrano propone la idea del “viaje” como proceso auroral que amanece. Pintándonos la historia como el alba de la humanidad, nuestra filósofa funda una nueva ontología. El proceso histórico amanece hacia la eticidad democrática de la persona, desde la oscuridad tenebrosa de su congénita tragicidad.

La existencia tiene en sí misma, en su *quid*, caídas y ascensiones, infiernos y paraísos. Hay que considerar que, para Zambrano, la visión de la historia se introduce en un cuadro muy dramático, en el cual se alternan, de modo discontinuo, salvación y destrucción.

El tiempo histórico no es destruido por la negación, por el sacrificio. La crisis es un momento vital para la historia misma. Sólo después de haber superado el conflicto, se asciende hacia esa luz “tenue” que alumbra las sombras y abre a la esperanza.

Los sueños maravillosos o las pesadillas más agobiantes sólo se revelan en su esencialidad en el momento del despertar: si la conciencia los sabe descifrar pueden ser reveladores.

Por eso la democracia, después de haber atravesado la obsesión del absolutismo, se des-

pierta consciente de ser, como dice en *Persona y democracia*, “régimen de la unidad de la multiplicidad” y reconocimiento de todas las diversidades. La democracia es el sueño creador de la persona que vive *responsablemente* la historia.

La sociedad democrática permite la manifestación de la libertad, porque es sueño que ha atravesado y sacado provecho del tiempo. La democracia es una cuestión cultural y ética que asume el camino del ser humano y lo expresa simbólicamente, proponiendo una acción trascendente que permite al individuo tirar la máscara, renunciar a ser actor sin conciencia de la historia, para elegirse y reconocerse como persona. En el orden democrático, la finalidad ética presupone una participación colectiva. La democracia se vuelve sueño colectivo de las personas, que renacen, cada día, sin dejar de caminar.

En el sueño creador, la subjetividad onírica se convierte en el fundamento de todos los sentidos: es la totalidad del sueño. Por esto la verdadera iluminación del sueño se vuelve

desciframiento del hombre, que se revela como subjetividad plena, que soñando hace experiencia del propio mundo.

El sueño creador pone en evidencia la existencia de modo auténtico: es una privilegiada vía de acceso al conocimiento, porque es experiencia de la transcendencia. Pero trascenderse significa superarse y superar la innata tragicidad de la vida.

Abriría, por lo tanto, una pequeña digresión sobre el dramatismo, o mejor sobre la dimensión vertical de la existencia: “Sólo en ella, y en ella sola, se pueden descifrar la temporalidad, la autenticidad y la historicidad de la existencia”¹⁷. Esta espacialidad vertical es la esencia del ser humano, porque pone en evidencia las estructuras que caracterizan la temporalidad.

Como Zambrano escribe: « el hombre padece su transcendencia. Y el hombre padece su propia ocultación, su inmanencia o estar, hasta hundirse en ella. El hombre duerme. [...]Solo él, al dormir, cae”¹⁸.



JORDI MORELL: *Paissatge XI*. 2006

¹⁷ Foucault, M. *Il sogno*, cit., p. 75.

¹⁸ Zambrano, M. *Los sueños y el tiempo*, cit., p. 42.

En el sueño, el ser humano es absolutamente pasivo: padece sencillamente, porque está privado del empleo de la conciencia que le permite actuar, preguntar, contestar. Sumergido en esta trama onírica, que viene a configurarse como el fondo de la “imaginación”¹⁹, el hombre se revela como ser transcendido. La dimensión vectorial puede incluso manifestarse en los sueños, y, en particular, en los sueños de vuelo: aquí el sujeto está en manos de movimientos que van desde abajo hacia lo alto. Como Bachelard²⁰ afirma, estos sueños, por esencia, están sometidos a la dialéctica de la gravedad y de la ligereza. Alrededor de estos dos caracteres se desarrollan todas las dinámicas que caracterizan la existencia humana y que adquieren valor en el tiempo: el dolor y la alegría, la actividad y la pasividad, la esperanza y la tristeza, el bien y el mal. Dinámicas que pueden, como en sueños, ser vividas de

modo absoluto, sin adquirir significación por la acción de una conciencia que las relativiza en el tiempo. Si así ocurre, la sensación experimentada, en los diferentes casos, es extrema y puede dar vida a lo absoluto de la existencia. Pero la vida está esencialmente fragmentada, por lo tanto hay que salir de la a-temporalidad que puede congestionarla para colocarnos en la perspectiva del vacío cualitativo, ese fondo señalado al principio, desde el cual es posible entrever el instante temporal, semilla de transcendencia. Sólo así todo lo real puede adquirir el sentido que merece, en la disponibilidad temporal. En el instante del despertar podemos captar los sueños que hemos “hecho nuestros”, porque los hemos descifrado: y estos sueños continúan, como una melodía musical,²¹ en la vigilia, porque la a-temporalidad se ha derretido y la persona se mueve realmente.

¹⁹ Para Foucault la imaginación es el fundamento ontológico de la existencia.

²⁰ Bachelard, G. *El aire y los sueños*, Madrid, FCE, 2003.

²¹ La música, para Zambrano, es sueño creador porque es nueva siempre.